

CAMPOS DE LAVA



ampo de Calatrava, patria de los viajes circulares y de los regresos siempre repetidos. Patria mayor de mi infancia, donde la luz conserva todavía aquella transparencia de los orígenes.

Tierras por donde la llanura sigue teniendo muy altos los cielos, pero donde las líneas del horizonte se acortan y se vuelven curvas, como si el paisaje manchego se hubiese cansado ya de su propio infinito. Por el Campo de Calatrava la llanura abandona su aspecto de escenario quijotesco para transformarse en un espacio fronterizo, encrucijada de culturas, tierra de paso con un rugiente sueño de volcanes dormidos. Vasta planicie de erosionados cerros, orografía de recia y seca piel mesetaria; campos por donde la roja semilla de la guerra hizo crecer una altiva cosecha de murallas.

Por el Campo de Calatrava zigzaguean arroyos y riachuelos que conocen las mil formas distintas del estiaje; se elevan colinas con suaves faldas de lapilli y frías cabelleras de lava pleistocénica; mares por donde el corazón de la tierra escupió la ira de sus más violentos cataclismos y en cuyos lechos hoy espejean, desde la altura de su sueño volcánico, las aguas de las lagunas. Por el Campo de Calatrava hay un tejido arterial de arroyos que perdieron ya la húmeda costumbre de su cauce, y por donde también el Jabalón parece avanzar desorientado, como en busca de su propia memoria de río.

El aire del Campo de Calatrava tiene una limpia transparencia cereal, mezclada con la canción cruda del vino y del aceite. Huele a bodegas y almazaras, a ramoniza o a sarmientos quemados en las veredas, a romerías de mayo y a ofrendas florales. Los campos de este Campo tienen el tacto duro de los rastros, la caricia seca del esparto, la sed del trigo que no conoce más agua que la lluvia falsa de los regadíos; pero estas hazas parduzcas también conservan el trazado simétrico de los olivares y la verde geometría de las pámpanas.

Agrios paisajes que parecen soñados por algún pastor trashumante. Territorio de lentos nomadismos, cielos lejanos y limpios que se dirían sostenidos por las espadañas de las iglesias. Pueblos que no crecieron al paso de



Firma invitada: **Pedro A. González Moreno**
Fotografía: Manuel Ruiz Toribio, J.L. Sobrino y autor

los ríos sino a la sombra de los patios, al abrigo de los cerros y al amparo de unos pozos que ya se secaron. Pueblos donde la horizontalidad se hizo habitable, de calles anchas y de zócalos cada vez menos añiles y fachadas cada vez menos blancas. Campos que fueron un día de Agramante y luego fueron adormeciéndose bajo el implacable sol de la llanura. Campos y gentes que siempre tuvieron una iden-

lapilli, que son como pilares gastados sobre los que se sostienen las vidrieras del aire. Un ámbito plutoniano donde la geología decidió aposentar sus lagos hirvientes y donde las leyendas tal vez podrían haber ubicado las cuevas del Averno. Territorio del fuego, alta patria donde se solidificó la luz y donde la ceniza se transformó en un humus fértil sobre el que fructificaron las cosechas.



idad que quedó impresa, en rojo, sobre una bandera: la cruz de Calatrava.

El Campo de Calatrava es una inmensa caldera magmática cuyos hornos recalientan un suelo, ya de por sí, muy recalentado por el sol. Una singular orografía de cabezos, castillejos, negrizales y hoyas. Una arquitectura de conos y derrumbaderos de

El Campo de Calatrava es una extensa planicie erizada de volcanes muertos, algunos sólo dormidos y, algunos otros, como el de la Sima en Granátula, todavía vivos y humeantes. De sus fumarolas y de sus emanaciones sulfurosas se nutrió, desde el Mioceno, el aliento reseco de la llanura; por las bocas de sus cráteres

explosivos salieron los vapores que contagiaron a estos aires su fiebre milenaria. Sus profundas chimeneas actuaron como hornos cuyas exhalaciones de óxido dieron al suelo su color de cobre, y cuyos humos proporcionaron a estos campos su color de pan moreno, y también dieron a estos aires su transparencia de cristal ardiente.

La heráldica de estos campos no está esculpida en escudos ni en blasones,

está grabada a magma y fuego sobre la cuarcita armoricana; y en su calendario rocoso quedaron impresas las huellas de las batallas más antiguas: las que libró, contra sí misma, la propia naturaleza. Mucho antes que el blanco de la cal o el verde de las vides, fueron dueños de estos campos el color del fuego y el brillo oscuro del basalto. Antes de que aprendiera a crecer el sueño de la hierba,



Paisajes del
Campo de Calatrava.

El volcán "Cerro Gordo", se alza imponente en las inmediaciones de Granátula de Calatrava, Almagro y Valenzuela de Calatrava .



esta tierra fue un escenario apocalíptico de erupciones y fumarolas, de espesas humaredas, aluviones incandescentes y lluvias de ceniza. Un escenario hostil y sobrecogedor en cuyos aires, sin embargo, germinaban ya una promesa de pámpanas futuras y un delicado entrechocar de espigas.

Por aquí la naturaleza hizo girar el torno de su alfarería y con su soplo telúrico modeló los relieves de un paisaje irrepetible: la Arzallosa, Cerro de la Cruz, Columba, la Yezosa, Cerro Pelado, Cuevas Negras, Peñarroya, Cerro de los Santos, Cabezo de Segura, Fuentillejo... Cerros erosionados que torneó el fuego, que pulió el aire y esculpió la lluvia.

Un patrimonio tallado por el lento desgaste de las eras geológicas, pero que se encuentra desprotegido ante mayores y más devastadoras erosiones: por ejemplo, la que el hombre viene ejerciendo, sobre todo, a lo largo del último medio

siglo. La explotación masiva de los materiales piroclásticos, el uso de balastos para las redes ferroviarias y la actividad de las industrias cementeras, han ocasionado la destrucción total o parcial de numerosos edificios volcánicos y llevan camino de convertir estos parajes en un cementerio de lava. Tristes hormigoneras y negros filones de un botín que clama, con su grito mineral, a cielo abierto. Bello paraíso esquilado sobre el que parecen gravitar las sombras de alguna maldición atávica. En su insaciable acción erosiva, la ciega mano de un interés o de un progreso incontrolados ha actuado también sobre esta orografía de lavas dormidas, que no es un patrimonio de los hombres sino un patrimonio de la Tierra.

El Campo de Calatrava fue antaño un territorio calcinado, donde las cenizas y las rocas volcánicas dejaron un humus sobre el que creció la buena tierra. Convulsa prolongación de una meseta que



Monumento a la obra de Pedro Almodóvar. Granátula de Calatrava.

Mujer calatrava mostrando su labor de bolillos.



quiso entonar aquí una áspera canción de cuarcita y basalto. Campos incendiados que estos hombres duros supieron transformar en una fértil sementera. Durante millones de años, estos bátratos infernales aguardaron la llegada de los hombres porque sabían que sólo ellos podrían hacerlos florecer. Durante miles de años la caldera magmática que duerme bajo estos suelos ha respetado a ese hombre, recio y sabio, que supo dominar la tierra y trabajarla con esfuerzo para obtener de ella su fruto generoso.

Pero en pocas décadas esos mismos hombres, o quizá otros que llegaron de fuera, han arremetido contra esta arquitectura geológica, y lo que hoy debieran ser espacios naturales protegidos son, en algunos casos, un erial de canteras informes y lomas saqueadas, un paisaje lunar de cerros que han sucumbido bajo la acción de los barrenos y las máquinas excavadoras.

Las necrópolis más secretas del Campo de Calatrava, las que se han descubierto y las que están aún por descubrir, son relicarios llenos de huesos de culturas sucesivas. Huesos sobre huesos que, igual que piedras sobre piedras, forman un extraño organismo fósil con sus diferentes capas superpuestas. Si se consiguiera recomponer en una sola imagen, semejante organismo configuraría un cuerpo múltiple y poderoso: un cuerpo forjado con la sangre del Bronce manchego y la aguerrida piel celtibérica, un cuerpo de hueso visigodo y tuétano romano, cuerpo de recio músculo cristiano y alma árabe, pero de corazón calatravo.

Sobre el blanco de esos huesos que el tiempo trituró, y con el rojo de la lava y el rojo de la sangre, se bordó la Cruz

de Calatrava. Con la costra endurecida de este suelo y con los reflejos de su luz eremítica, se forjó el gesto sobrio de estas gentes: un gesto que de puertas afuera tiene como un velo de distancia, pero que de puertas adentro, alma adentro, tiene siempre una cálida hondura de zaguán y un abrazo de patios que no se cierran nunca. El hombre calatravo tiene la apariencia exterior y rocosa de la lava fría, pero guarda por dentro el tacto tibio del agua que brota de los pozos y de los manantiales subterráneos. Y en esa aleación contradictoria de fuego y agua está forjado su carácter.

Campo de Calatrava, territorio de lavas maternas, patria de los regresos infinitos, donde la luz tiene todavía aquella transparencia y aquella intensidad de los orígenes ■

Pedro A. González Moreno. Nacido en 1960 en Calzada de Calatrava (Ciudad Real), es Licenciado en Filología Hispánica y profesor de Lengua y Literatura. Ha publicado los poemarios *Señales de ceniza* (premio "Joaquín Benito de Lucas"), Talavera de la Reina, Col. Melibea, 1986; *Pentagrama para escribir silencios*, (accésit del premio Adonais), Madrid, Rialp, 1987; *El desván sumergido* (premio "Villa de Madrid – Francisco de Quevedo"), Madrid, Libertarias, 1999 y *Calendario de sombras* (premio "Tiflos"), Madrid, Visor, 2005. Parte de su obra poética aparece recogida en *La erosión y sus formas (Antología 1986-2006)*, Madrid, Vitruvio, 2007.

En prosa ha publicado el ensayo *Aproximación a la poesía manchega*, Ciudad Real, B. A.M., 1988; la novela *Los puentes rotos* (IX premio "Río Manzanares"), Madrid, Calambur, 2007; y el libro de viajes *Más allá de la llanura*, B.A.M., 2009.